

Latinoamérica, el juego rudo de la democracia*

José-Luis Tejeda-González**

Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco, México

<https://doi.org/10.15446/frdcp.n28.114350>

Resumen

Hace unas décadas, la democracia era un anhelo en América Latina. Había sustituido en parte, el ideario revolucionario en la región. La democracia se ha expandido, arraigando con dificultades. Ha permitido que accedan al poder, los intereses más diversos y plurales. Se alejaron los fantasmas de los golpes y las insurrecciones. Ahora la democracia procesa el conflicto social y político. Antagonismos y polarizaciones la ponen en riesgo constante. Ha logrado sobrevivir, aunque la rudeza del juego político es indudable, en los límites de la legalidad e institucionalidad.

Palabras clave: Democracia, transición política, autoritarismo, izquierdas, conservadores.

* **Artículo recibido:** 10 de mayo de 2024 / **Aceptado:** 19 de febrero de 2025 / **Modificado:** 03 de abril de 2025. El presente artículo resulta del proceso investigativo del proyecto “Política y transición en América Latina” en la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Xochimilco. No contó con financiación.

** Doctor en Ciencia política por la Universidad Nacional Autónoma de México (México). Profesor titular de tiempo completo en el Departamento Política y Cultura de la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Xochimilco (México). Sus áreas de investigación son Democracia, modernidad, globalización, transición política y biopolítica, ciudadanía. Correo electrónico: jltejeda@correo.xoc.uam.mx  <https://orcid.org/0000-0003-2466-2466>

Cómo citar

Tejeda-González, J. L. (2025). Latinoamérica, el juego rudo de la democracia. FORUM. Revista Departamento Ciencia Política, 28, 7-30. <https://doi.org/10.15446/frdcp.n28.114350>



Derechos de autor: Atribución-
NoComercial-SinDerivadas 4.0
Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Forum. Rev. 28 (Julio-diciembre 2025)

e-ISSN: 2216-1767 / pp. 7-30

Latin America, The Rough Game of Democracy

Abstract

A few decades ago, democracy was a yearning in Latin America. It had partially replaced the revolutionary ideology in the region. Democracy has expanded, taking root with difficulties. It has allowed the most diverse and plural interests to gain access to power. The ghosts of the coups and the insurrections have gone. Now democracy processes the social and the political conflict. Antagonisms and polarizations put it at constant risk. It has managed to survive, although the rudeness of the political game is undoubted, within the limits of legality and institutionality.

Keywords: Democrecy, political post-transition, legality, institutionality, authoritarianism.

América Latina, o duro jogo da democracia

Resumo

Há algumas décadas, a democracia era um desejo na América Latina. Substituiu, em parte, a ideologia revolucionária na região. A democracia expandiu-se, enraizando-se com dificuldades. Tem permitido o acesso ao poder aos mais diversos e plurais interesses. Os fantasmas dos golpes e das insurreições retrocederam. Agora a democracia processa conflitos sociais e políticos. Antagonismos e polarizações colocam-no em risco constante. Conseguiu sobreviver, embora seja indubitável a grosseria do jogo político, dentro dos limites da legalidade e da institucionalidade.

Palavras-chave: Democracia, transição política, autoritarismo, esquerda, conservadorismos.

Introducción

Hace un par de décadas en América Latina se anhelaba la democracia. Así se saldría de los regímenes militares y se evitarían los estados autoritarios y totalitarios de cualquier signo ideológico y se administrarían los conflictos económicos, políticos y sociales en la región. Se hablaba de transición democrática y luego de su consolidación.

La democracia se afirmó en el subcontinente hasta volver inviable cualquier forma de gobierno que no la considerara como un referente central. Han llegado al poder, fuerzas de izquierda que antes quedaban excluidas. Se ha vivido una oscilación pendular, de la alternancia y de la búsqueda de alternativas. La democracia se sobrecalienta y

sobrevive. Ahora, se padecen recaídas al autoritarismo y la democracia se debilita. Sin embargo, nadie está dispuesto a renunciar a ella. Se insiste en que la democracia se agota, se le socava, pero sigue siendo el referente central para validar formas de gobierno en el subcontinente. En la actualidad, América Latina vive un juego áspero, los regímenes políticos democráticos se estiran a los extremos de la legalidad y la institucionalidad.

Se inicia el artículo con la relación de la democracia y la revolución. Como se superó el ideario revolucionario y ahora se tiende a recaer en salidas radicales. La democracia que se había convertido en un anhelo, ahora se encuentra bajo acecho. Lo que se manifiesta en los límites de la legalidad y la institucionalidad en que se mueve el escenario político latinoamericano, así como las oscilaciones cada vez más inquietantes y peligrosas hacia los extremismos políticos, en una era en que la geopolítica pesa más que lo ideológico. El texto se inclina por la defensa y preservación de la democracia en un contexto adverso y difícil.

Lo insuperable: el nexo de la democracia y la revolución

El debate de la democracia conlleva contradicciones que le resultan comunes. No es una historia unifacética. Existen visiones hegemónicas que se han establecido susceptibles a la crítica. La democracia misma es un campo en disputa en el pensamiento y en la realidad. Más aún en América Latina, ubicada en un área de la modernidad problemática, que incorpora a los debates universales lo nacional-popular y lo colonial. La democracia, con orígenes sustancialmente occidentales, arraiga en una porción importante de las élites, la clase media y los sectores populares de la región. Fue una influencia externa que se nacionalizó y se naturalizó en la región hasta nuestros días.

Desde el viejo continente se arrastran discusiones sobre la democracia existente y la deseable. La democracia liberal y representativa, más acomodada a la historia y a la cultura de las naciones centrales de la modernidad política de Inglaterra, Estados Unidos y Francia, recupera la imagen clásica entendida desde el principio del gobierno del pueblo, que confluye con la tradición representativa, de corte medieval, y la vertiente liberal, con el respeto a las libertades individuales, por ejemplo, en Inglaterra y Suecia, se encuentran los orígenes de la representación democrática (Dahl, 1992, pp. 40-43).

La otra lectura de la democracia –más directa– ligada a lo popular, apela a orígenes más remotos, de los atenienses en la época clásica y a los suizos en la experiencia moderna. Las dificultades técnicas de la operación de la democracia directa, a través de las asambleas, complica su existencia en la vida moderna por la cuestión de la escala. El tamaño se vuelve significativo por la imposibilidad técnica de reunir a grandes

multitudes, la forma de la asamblea es lo más significativo en la democracia antigua (Croiset, 1911, pp. 76-84). La forma política predominante en la modernidad, es el Estado-nación, que integra e incorpora millones de ciudadanos, superando por mucho, en número, las posibilidades de las ciudades-Estado en que opera más fácilmente la democracia directa, presencial y de las asambleas (Dahl, 1992, pp. 9-11).

A tales disputas se añaden las valoraciones históricas y las miradas propias sobre la democracia, en la derecha y en la izquierda de la geometría política. Los conservadores, habitualmente defensores del viejo régimen monárquico y aristocrático, derruido por las revoluciones democráticas se suman de forma particular a la disputa electoral. En ellos existe siempre un núcleo central, ligado al capital y al viejo poder, que no puede ni debe ser tocado. La izquierda más emparentada con la defensa de las clases populares y con la exaltación de los métodos revolucionarios, ofrece otra imagen sobre el significado de la democracia. En algún momento, se le subestimó y se le redujo a lo instrumental en aras de objetivos maximalistas que podrían anularla.

Tales discusiones generales, se mezclan con la peculiaridad de América Latina. La democracia pudo establecerse con más facilidad y permanencia en naciones con clases medias estables, que aprendieron a convivir políticamente. En la estabilidad democrática se maneja mejor el conflicto, como en Costa Rica y por momentos, antes de las dictaduras militares de los sesenta y setenta del siglo pasado, en naciones sudamericanas como Chile y Uruguay. La democracia prevaleciente en la región, toma un tono oligárquico y excluyente, con la negación de las izquierdas y la ausencia de una alternativa social y popular.

Los populismos latinoamericanos presentes en naciones como Argentina, Brasil, México y Ecuador evaden la lógica de clases, la confrontación social y enfatizan la importancia de la dimensión nacional, el choque con lo imperial y lo externo al propio país (Touraine, 1987, pp. 142-145). Gobiernan a partir de una alianza multiclassista y nacionalista que incluye una burguesía desarrollista. El populismo latinoamericano, con su énfasis en los frentes populares, debilita el juego partidario y enfatiza en la aglutinación de la nación y lo popular ante el liderazgo autoritario y carismático. Un punto característico del populismo es la fusión del líder con la masa y el pueblo (Müller, 2017, pp. 47-53).

El triunfo revolucionario en Cuba en 1959, empuja la polarización del conflicto de clases e influye en el debilitamiento de un modelo democrático oligárquico. La revolución cubana le inyecta actualidad a la vía revolucionaria en la década de los sesenta y setenta. La revolución mexicana de 1910-1920, más bien singular, ya lucía institucionalizada y corrompida para entonces y la vía revolucionaria había quedado ceñida en la disputa de la Guerra Fría, al enfrentamiento armado de las guerrillas de izquierda con los ejércitos

apoyados por los Estados Unidos, las oligarquías nacionales y los partidos sistémicos. La democracia queda fuera del imaginario colectivo por un momento y se le identifica, en su versión liberal y representativa, con los intereses hegemónicos estadounidenses. La vía revolucionaria cubana solo alcanza a reproducirse de alguna forma en el triunfo de los sandinistas en Nicaragua en 1979. Años después, en la región centroamericana, queda claro que las guerras civiles no llevan a ningún lado, que los contendientes no se pueden imponer violentamente sobre el otro, quedando solo la alternativa democrática.

A finales del siglo XX, la victoria del chavismo en Venezuela, busca actualizar la importancia de la revolución latinoamericana. Enfrentado a una dictadura, el castrismo tiene orígenes insurreccionales. El chavismo se enfrenta a una democracia menguada, es una ruptura militar que ante los efectos del “caracazo”, recurre en primera instancia al golpe armado y fracasa. A la larga, ante la crisis de la democracia representativa, el agotamiento de las agrupaciones políticas tradicionales, irrumpen la izquierda de la mano del chavismo en 1998. En los inicios del siglo actual, la victoria posterior de “Lula” y los Kirchner en Brasil y Argentina, marcarían el tono de la época.

El gobierno de George W. Bush en un intento serio por erigir un gobierno mundial con hegemonía estadounidense, se debilita ante el mundo y en Latinoamérica no sería la excepción. Desde los atentados terroristas del 11 de septiembre del 2001, Estados Unidos emprende una ofensiva internacional y se lanza a las guerras de intervención en Afganistán e Irak. Estados Unidos pretendió erigir un modelo político hegemónico mundial unipolar y la protesta masiva en contra de las guerras debilitan su presencia en el orbe. En América Latina se manifiesta tal debilitamiento que no regresa la temática de la insurrección y la revolución, pero si se rompe el consenso oligárquico de las democracias excluyentes. El factor popular irrumpen, bajo el cobijo y la influencia de regímenes alejados de las democracias liberales y representativas, como sucede con Cuba, Rusia y China. El ascenso de la izquierda regional oscila entre el neopopulismo nacionalista y antiimperialista y la pretensión de revivir el socialismo en el siglo XXI.

En el contexto de la Guerra Fría, Estados Unidos no podía permitir que se trasladaran al subcontinente las disputas ideológicas y políticas que dividieron el mundo. La revolución mexicana (1910-1920) se había dado en condiciones muy singulares, generando un régimen posrevolucionario peculiar. El caso de la revolución cubana, sería siempre una excepción y tras la Crisis del Caribe en 1962, Estados Unidos acepta la presencia incómoda de una nación ligada a los intereses del comunismo soviético a unas millas de su territorio. Jamás se aceptaría otra victoria de una fuerza de izquierda alejada de la influencia estadounidense. Así quedaría constatado en los casos de Guatemala en los cincuenta y Chile en los setenta. En Nicaragua se quiebra la contención del comunismo

por un momento, con los sandinistas en 1979. El nuevo ascenso de la izquierda anticipa otros tiempos, el de la posguerra fría, el paso del unilateralismo al multilateralismo y el debilitamiento de la hegemonía estadounidense en la zona. Lo que resulta en la post hegemonía. En un debate teórico más amplio, corresponde a sociedades fragmentadas y fracturadas, en que se enfatiza la subalternidad y lo cultural (Beasley-Murray, 2010, pp. 13-16). Tal escenario favorece el debilitamiento de las formas hegemónicas, sustancialmente lo imperial, como pasa en la región.

La democracia antes anhelada y ahora asediada

Ante la revolución social, que había triunfado en el orden comunista, la izquierda consideraba la democracia como una plataforma de lanzamiento para profundizar cambios sociales que implicaban su ampliación y la superación de su forma liberal. En el mundo occidental, la democracia era identificada con las metrópolis, se había convertido en un sistema político que manejaba el conflicto social y evitaba las salidas revolucionarias, en tanto estas tendían a derivar en autoritarismo y totalitarismo; este último, inventado por la derecha, sería subestimado por la izquierda, por la misma incapacidad del pensamiento socialista para reflexionar sobre las formas del gobierno y el poder (Lefort, 1990, pp. 40-41). La conexión de las revoluciones triunfantes con el autoritarismo y el totalitarismo es evidente. Las democracias populares acaban con el adversario en aras de un triunfo definitivo. La atracción de la experiencia revolucionaria ponía de manifiesto la insuficiencia de las democracias limitadas, que bloqueaban el acceso al poder de la izquierda revolucionaria.

El viejo populismo latinoamericano contuvo la disputa de clases y evitó la agudización de la pugna nacional con una alternativa que enfatizaba la unidad interna ante lo imperial. La revolución cubana y la radicalización de los procesos sociales en los sesenta y setenta agotarían el viejo populismo latinoamericano, obligando a una redefinición ideológica, actualizando la perspectiva revolucionaria. La respuesta serían los golpes militares oligárquicos, el afianzamiento del imperialismo, apoyado en ejércitos ligados a los Estados Unidos. Un militarismo al servicio de poderes transnacionales, con fuerza y disciplina (Rouquié, 1984, pp. 422-424). La democracia queda suspendida en la zona ante la amenaza de la intervención comunista considerada bastante peligrosa.

El discurso de la derecha militarista, por demás absurdo, se impone con el orden excepcional para proteger la democracia. La izquierda quedaría imposibilitada para tomar el poder y mucho menos ejercerlo por la vía democrática. El gobierno socialista de Salvador Allende en Chile y el golpe de Estado de 1973 es ilustrativo. Los militares anticomunistas

se hacen del poder en la mayoría de los países latinoamericanos y la izquierda se radicaliza, sigue la vía armada de las guerrillas y los movimientos insurreccionales. El militarismo causa un enorme daño en la vida civil y al final se cerraría otro ciclo con el retorno de la democracia. Así se sustituye el imaginario revolucionario en la década de los ochenta. La izquierda parece alejarse de la salida revolucionaria y se suma a la disputa democrática.

En América central se llega al punto catastrófico donde las fuerzas contendientes en las disputas armadas no logran imponerse ante la otra parte. La salida militar se está alejando y la vía armada quedaría desechada. En el retorno, la democracia ya no sería la misma. Las respuestas populares adoptan la vía democrática e intentan acceder al poder como no habían logrado hacerlo antes, y se obtiene la victoria de una izquierda ubicada más allá de las alternativas convencionales. La posguerra fría aligera la contienda política y se permite el libre juego de alternativas.

Con la llegada al poder del chavismo en Venezuela a finales de 1990 y de “Lula” y los Kirchner en la primera década del siglo XXI, en Brasil y Argentina se alteran los parámetros de la política democrática latinoamericana. El ascenso al poder de Néstor Kirchner en Argentina en 2004, agudiza la toma de distancia del poder civil democrático, con el militarismo conservador en retirada (Saint-Upery, 2008, pp. 147-153). Cuatro victorias consecutivas del PT en Brasil (2002-2016), le permiten a “Lula” y a la izquierda brasileña tomar la conducción del proceso neodesarrollista en la región (Calderón y Castells, 2019, pp. 32-34). La expansión de la democracia coincide con el auge del neoliberalismo, con la reinvención del mercado, con la exaltación del capital privado y el aligeramiento de los Estados benefactores.

La caída del Muro de Berlín y el derrumbe de la Unión Soviética harían lo propio para que la democracia se ampliara, pretendiendo la universalidad. Al lado del mercado y el afianzamiento de las libertades civiles, la democracia se propagaría, como una versión condicionada por el peso del capital y los privados. El neoliberalismo desmantela espacios colectivos, disgrega lo social y enfatiza lo individual. La sociedad civil emergente, apoyada en la ciudadanía, genera un espacio diferente al de los movimientos sociales, más propicios para las luchas colectivistas.

La crisis del neoliberalismo y el debilitamiento de la hegemonía estadounidense en la región, lleva al resurgimiento de las alternativas de izquierda. El chavismo aparece como una opción neopopulista radical, que deriva del “caracazo”, la crisis de la democracia representativa y el “Pacto de Punto Fijo”. Es una respuesta del militarismo nacionalista, que se alinea con los intereses del castrismo en la región. Hugo Chávez intenta tomar el poder por la vía militar en 1992 y no lo consigue. Lo haría luego por la vía democrática en 1998 y despliega una opción de poder nacional-popular que lleva la disputa política convencional a los márgenes del sistema político venezolano (Tirado, 2020, pp. 17-18).

El chavismo venezolano ataca la política neoliberal y resquebraja el régimen de partidos políticos tradicionales. En el afán por debilitar el componente oligárquico, se enfrenta con el capital multinacional, los empresarios, los medios de comunicación, la Iglesia católica y la clase media. El chavismo se apoya inicialmente en los militares, sectores populares y de la marginalidad, que chocan con la parte integrada y sistémica del orden anterior. Implica una reconcentración del poder, inusual en la región, que iría debilitando la división de poderes, la institucionalidad liberal y los márgenes de la democracia existente. Venezuela se polariza hasta quedar partida en dos mitades, con una mayoría formal del bloque gobernante chavista.

Los intentos de la oposición por sacar del poder el gobierno chavista y luego al sucesor Nicolás Maduro serían infructuosos, desde la irrupción cívica y el intento golpista de abril del 2002, hasta las elecciones ya confrontadas de los últimos tiempos. Chávez se reelige en tres ocasiones para mandatos presidenciales de 6 años, hasta que muere en el poder en 2013 (López-Maya, 2016, pp. 273-274). Maduro tomaría el poder a partir de entonces, con un chavismo mermado políticamente.

El límite de la participación sobre la nación venezolana se alcanza con las elecciones presidenciales de 2018, cuando Nicolás Maduro se reelige como mandatario. La oposición apenas si participa, porque los contendientes que pueden hacerlo se muestran débiles. En enero de 2019, Maduro debería asumir el mandato entrante y la oposición con Juan Guaidó al frente, aduce usurpación de funciones y ausencia presidencial. Guaidó, al mando de la Asamblea Nacional se autoproclama presidente “encargado”, buscando el reconocimiento de la comunidad internacional y el aislamiento de Maduro (Sutherland, 2019, pp. 4-6). Operan poderes internacionales que pretenden legitimar al presidente autoproclamado Juan Guaidó, que no se hace del poder real interno, generando una situación insólita de una nación dividida con dos ejecutivos formales, uno con el reconocimiento de la mayoría de la comunidad internacional y una parte de la población y otro con el aval de las fuerzas militares y otra porción importante del pueblo.

En tiempos de la Guerra Fría, las divisiones ideológicas y políticas acabaron en la instauración de naciones diferenciadas, en lo territorial y lo físico, como en Alemania, Corea y Vietnam en su momento. La división de la China continental y Taiwán entra en esta diferenciación. En Cuba, un porcentaje importante de los anticomunistas emigraron a Miami. En Venezuela, se evita la guerra civil, se elude la división formal del país, se sostiene una convivencia inestable de dos comunidades, confrontadas en lo político, sin vías de solución inmediata. El chavismo venezolano y su exponente actual, Nicolás Maduro, se niegan a ceder poder, aduciendo tener el apoyo mayoritario de la población y temiendo represalias de la otra parte, si llegaran a recuperar espacios de decisión y resolución. El chavismo tiene el control territorial del país, el apoyo del ejército y controla la mayoría

de las instituciones formales. Afirman ganar las elecciones democráticamente y acusan a la oposición de no reconocer sus triunfos. La oposición ha concluido que no existe democracia, que es prácticamente imposible ganarle a la buena al régimen chavista y se alejan de las contiendas electorales. En lo interno es un Estado de guerra política, de mutuo desgaste, que lleva a instancias internacionales, lo que no se puede dirimir internamente.

El trasfondo común es mínimo, en lo ideológico y político, también en lo ético. La política es cruda, los contendientes utilizan discursos y acciones, instituciones y simbolismos para restarle fuerza al adversario y enaltecer lo propio. Se trata de una política altamente belicista de eliminación del contendiente. No se pasa a la faceta armada, aunque la violencia política está presente, al buscar suprimir al adversario. La correlación de fuerzas regional e internacional, se convierte en una arena propicia para dirimir la pugna, ya que existe una incapacidad crónica para resolver la disputa internamente. Estados Unidos y el bloque occidental apoyan las fuerzas antichavistas. Rusia, China y Cuba tienden su lazo al gobierno de Nicolás Maduro pretendiendo validar regímenes políticos no democráticos. En las elecciones del 2024, la candidata opositora Ana Corina Machado es inhabilitada para participar en el proceso, bajo la acusación de propiciar la injerencia externa en la vida política venezolana. La cuerda se vuelve a tensar al máximo.

La disputa de la Cumbre de las Américas refleja la conflictividad de la geopolítica regional. En la IV Cumbre de Mar del Plata (Argentina) en 2005, en un momento crítico para la hegemonía estadounidense en la zona, el chavismo, el PT de Brasil y los gobiernos izquierdistas detuvieron el proyecto Alca, impulsado por Estados Unidos como una opción de integración regional que tuviera al Imperio del norte como hegemónico. En el mismo, se otorgaba centralidad al factor externo, como determinante de la democracia latinoamericana. El debilitamiento estadounidense y occidental, lleva a la quiebra de la democracia representativa en la región. La crisis de la democracia liberal, no conduce necesariamente a una ampliación de la democracia participativa y directa, pues se puede caer en formas de poder no democrático. La ampliación pretendida de la democracia participativa y directa puede conducir a la regresión a regímenes autoritarios. Tal como sucedió con las pretendidas “democracias populares” de los regímenes comunistas de la Europa oriental. La democracia no puede convertirse en cualquier cosa, respondiendo al interrogante planteado por Sartori de si la democracia podía ser cualquier cosa (1988, pp. 21-25).

En un momento de debilidad occidental, en el contexto de la guerra de intervención de Rusia en Ucrania, el presidente estadounidense Joe Biden realiza otra “Cumbre de las Américas” en 2022, que abiertamente excluye a Cuba, Nicaragua y Venezuela del evento regional bajo consideraciones políticas, de ausencia de la democracia y de falta de respeto a los derechos humanos en esos países.

Es Venezuela, quien más ha tendido a ocupar el lugar histórico de Cuba, en cuanto al enfrentamiento con el imperialismo estadounidense. La implantación del socialismo del siglo XXI opera con limitaciones, a diferencia del régimen cubano que eliminó toda clase de obstáculos. Cuba logra mantener un estado de tensión en que se prioriza la disputa con el enemigo externo. En aras de la sobrevivencia de la revolución cubana y el régimen postrevolucionario, se anula la existencia de opositores, imponiendo un régimen de partido único, que pretende aglutinar al pueblo movilizado permanentemente contra la amenaza externa. Así no se permiten adversarios internos y las disidencias serían tratadas como “traiciones a la patria”, fuerzas al servicio de la amenaza imperialista. Una revolución que pretende demoler un pasado dictatorial y corrupto, se autojustifica como el garante de conquistas adquiridas. La advertencia es constante, si vuelven los de antes se pierden los avances revolucionarios y el miedo por retornar al pasado es más fuerte que las perspectivas hacia el futuro. Las jornadas de protestas en Cuba en julio de 2021, suscitadas bajo el lema de “Patria y vida” han tratado de revertir tal mirada, poniendo en el centro la opresión interna sobre la población, reclamando espacios de libertad y democracia, inadmisibles para un régimen postrevolucionario acostumbrado al dominio totalitario de la población. Lo anterior implica minimizar la amenaza externa estadounidense, buscando otra relación con el vecino del norte.

Venezuela no logra acercarse a tal estado postrevolucionario. Una parte sustancial de la población es reacia a caer en un régimen autoritario o totalitario. Dejan de asistir a las elecciones y en los hechos, la mitad del país se impone sobre la otra, controlando los espacios e instituciones, los referentes y los símbolos más significativos de la vida nacional. La tensión es constante. El estado de alerta de los contendientes es persistente. La democracia como juego competitivo, de fuerzas leales, que avala decisiones mayoritarias e institucionales, no opera más, pero no es posible salirse de la forma externa de la democracia. Ninguna de las partes contendientes está dispuesta a ceder tal condición simbólica y la democracia se torna ruda y prácticamente inexistente en momentos. La puesta en escena de las masas, de la muchedumbre en las calles, la presencia del pueblo, es utilizada por las partes contendientes una y otra vez, mientras se toman posiciones institucionales para sobre calentarlas al punto máximo. La ruptura abierta de la nación no se realiza, porque ninguna de las partes quiere quedar como la parte que destruyó una democracia antagónica.

No ha sido Venezuela la nación que más se ha acercado a la imitación del proceso político cubano. Ha sido Nicaragua, que ha vivido una revolución armada, quien está más cerca de la experiencia castrista. La toma del poder de los sandinistas en 1979, expresa la victoria solitaria de una revolución en el subcontinente, luego de México y Cuba en el pasado. Tal como Cuba, una confluencia de fuerzas revolucionarias enfrentadas a una dictadura, minan

el régimen opresivo hasta aislarlo y derrotarlo militarmente. Así como en Cuba, la fracción más aliada a los intereses soviéticos, con un perfil antiimperialista toma el poder. La revolución nicaragüense se vive ya en un contexto mundial, donde los referentes internacionales de la democracia y los derechos humanos son importantes. Inicialmente, se le veía como una revolución más plural y democrática. A tono con las revoluciones democráticas de fin del siglo XX, ya no hay fusilamientos como en otra época y la dirigencia se pretendía más colectiva. Inicialmente los sandinistas permiten el juego electoral y democrático. En el contexto de la guerra contrarrevolucionaria apoyada y financiada por los enemigos internos y el imperialismo estadounidense, el desgaste de la revolución sería persistente. Una alternativa civilista encabezada por Violeta Chamorro les arrebata la presidencia en 1990, en el marco de las negociaciones de paz en el área centroamericana (Trujillo, 1990, pp. 171-174).

El Frente Sandinista de Liberación Nacional estuvo alejado del poder durante más de una década, hasta que regresan al frente de un proceso de endurecimiento político, que le asemeja al régimen cubano. La vía democrática se cancela. Han superado a Venezuela, en cuanto se rechaza la interlocución democrática interna. Una movilización social intensa desafiaría el poder del nuevo sandinismo y serían derrotados. Las protestas iniciaron por una reforma a la seguridad social impulsada por el gobierno de Daniel Ortega que incluía aumentos fiscales y la reducción de las pensiones de los jubilados (Galaviz, 2018, pp. 1-3). El gobierno responde señalando a las protestas de servir a los intereses del imperialismo estadounidense y a la oligarquía regional. El sandinismo en el poder traiciona sus postulados sociales y reprime a la población. En las elecciones del 2021, Ortega Saavedra se reelige sin oposición política a la vista. Candidaturas de oposición serían rechazadas una tras otra y encarcelados los protagonistas, bajo acusaciones de estar al servicio de poderes extranjeros y traicionar a la patria revolucionaria.

A diferencia de otros procesos políticos izquierdistas, la condena mundial al gobierno sandinista resultó creciente y los márgenes de aceptación se reducen, al alejarse de los parámetros de la democracia y adquirir una modalidad de dictadura apenas disimulada. En Venezuela, ya se cancelan opciones electorales distintas, con lo que el juego democrático se está cerrando. Cuba, Nicaragua y Venezuela inhiben y anulan la vida democrática en la región.

En los límites de la legalidad

La “democracia legal”, llamada así por la importancia que se le brinda al Estado de derecho, el respeto por la ley, queda al garete con el antagonismo que desborda el juego político latinoamericano. La “democracia legal” es la lectura conservadora de la democracia, que

concibe la existencia del Estado de derecho, que preserva la libertad individual (Held, 2001, 291-294). No hay quien renuncie al reclamo democrático, pero la contienda política, belicosa, montada contra enemigos internos, que deben ser destruidos, acaba pulverizando la verdad. El trasfondo común se debilita, ya no digamos en lo ético, sino en la posibilidad de edificar una morada común. Aunque se comparte territorialidad, espacios físicos y demarcación jurisdiccional, la disputa es aguda en materia de la institucionalidad y los símbolos, en la escenificación de las protestas callejeras, en la puesta en escena de los reclamos de la justicia, en las contiendas electorales enconadas. La disputa descarnada de los años sesenta y setenta, de la Guerra Fría, de movimientos colectivos radicalizados, experiencias insurreccionales y organizaciones guerrilleras enfrentando a militares, que se imponían por la fuerza apoyados en las oligarquías, se traslada a una pugna densa, que amenaza con quebrar los márgenes mínimos de convivencia.

La izquierda del siglo XXI accede al poder por vías democráticas y se abandona la experiencia armada. La belicosidad se ejerce con una política nacionalista intensa. Las derechas abandonan por momentos los golpes militares y utilizan ahora los resquicios legales de las alternativas nacionales y populares, para socavar gobiernos establecidos. Derechas e izquierdas se mueven en los límites de la legalidad, la rebasan, la utilizan al máximo, evitando aparecer como fuerzas golpistas. Ante el auge de las izquierdas en los inicios del siglo XXI se han sucedido los golpes técnicos y quiebres institucionales que ponen en vilo la experiencia democrática, que alcanza a sobrevivir porque nadie quiere en lo discursivo y simbólico alejarse de la misma, sino aprovecharla al máximo para imponer intereses establecidos, cualquiera sea el signo ideológico.

En Honduras, Paraguay, Brasil y Bolivia se han presentado situaciones excepcionales que condujeron a la renuncia de los gobiernos electos y a una crisis política, que implicaría un recambio en la coalición de fuerzas gobernantes. En Honduras se inauguran los golpes suaves, realizado aquí contra un gobierno electo, que ejerce el poder al punto de la ruptura institucional. Generar un proceso constituyente, que emule lo realizado por el chavismo, suscita temor y altera las relaciones convencionales. La agenda política progresista afecta los intereses establecidos de empresas multinacionales, poderes oligárquicos y grupos conservadores y al no existir el paradigma revolucionario de las alternativas de remoción violenta ante el pasado, se impone un camino que enfrenta las trincheras del juego legal e institucional, la arrraigada división de poderes, la facticidad al margen de la ley, la discusión y definición de agrupaciones políticas, así como las batallas ante los medios de comunicación y las redes sociales. Se trata de mediaciones inevitables, ante factores e instancias de poder que reflejan la complejidad de la política en las democracias actuales.

En la vía revolucionaria, la fuerza armada triunfante impone un orden sobre el fundamento de la violencia vencedora, depuradora, contra el régimen antiguo. Las pugnas actuales se realizan en un contexto democrático, en el que se busca anular y aniquilar al adversario, mientras el ejercicio de rotación de mayorías y minorías, en un sistema liberal y representativo, bloquea las pretensiones totalizantes. El resultado sería una complejidad mayor para la política del cambio social. Desde la detención y el encarcelamiento de líderes opositores, la supresión de fuerzas políticas, hasta las nacionalizaciones y renacionalizaciones, un nuevo reparto agrario y la redistribución de la renta nacional, todo implica pasar por los procedimientos legales y constitucionales establecidos, con las resistencias y la oposición que trae consigo todo proceso deliberativo y de resolución, así sea con el uso persistente de la coacción política. A no ser que se intente cambiar las reglas del juego, de forma drástica, con lo que sobreviene un rechazo mayor, si se trata de abandonar y alejarse de formas legales y democráticas ya validadas socialmente, como se ve en los casos de Nicaragua y Venezuela.

A finales del siglo pasado y los inicios del presente, los avances de la izquierda regional cambiaron la geopolítica de la zona. Estados Unidos disminuye su presencia en el área con la debacle de las guerras de George Bush en Afganistán e Irak, como expresiones de un gobierno mundial autoerigido como tal, a partir del imperio estadounidense. Con ese trasfondo regional, en Honduras, una nación centroamericana que había permanecido con un bajo perfil en la polarización de la Guerra Fría se consuma el ascenso al poder de Manuel Zelaya en 2006, un candidato del Partido Liberal que se acercaría al chavismo venezolano (Valladares, 2015, pp. 19-22). El chavismo se apoya en el manejo político de la renta petrolera que le permite establecer un liderazgo regional en naciones de América Central y el Caribe. Zelaya desplaza su gobierno hacia posiciones más acordes a los intereses del castrismo y el chavismo regionales.

Por lo que lleva a impulsar medidas constituyentes similares a las que se habían aplicado en Venezuela, que despierta la sospecha de los sectores oligárquicos y conservadores, que lo toman como una afrenta. El gobierno se sale de la alternancia moderada, de un sistema democrático excluyente y precario, sobrecalentando la política de modo inusual. Se agudiza la confrontación con el resultado consiguiente de la destitución del presidente. Se acciona una maquinaria legal, para derrotar y depoer al mandatario. Zelaya sale de la presidencia en lo que se considera el primer golpe técnico realizado a un régimen democrático en las condiciones de la posguerra fría. El Congreso nacional decide destituirlo en 2009, por impulsar una “Consulta popular” para el establecimiento de un poder constituyente, que se sale de los parámetros legales establecidos (Valladares, 2015, pp. 45-47). Es un golpe técnico porque se apoya en resquicios institucionales y en vericuetos legales que dan como resultado la caída del presidente.

A diferencia de los golpes militares de antaño, violentos y directos, sin cubrir las formas, los quiebres institucionales se realizan con la utilización de instrumentos y artimañas jurídicas y legales que revierten políticas deficientes y erráticas, ubicadas en los márgenes establecidos. En otro tiempo, se daban los golpes para preservar la democracia legal, se violaban los derechos humanos y se ejercía un poder armado contra la población. El ideario democrático y la defensa de los derechos humanos, están presentes en las últimas dos décadas del siglo pasado como una constante universal. Los régimes comunistas adolecían de libertades y de espacios democráticos. Los derechos humanos serían su talón de Aquiles y sería incongruente que Occidente les cuestionara el punto, si seguían alimentando el golpismo militar en Latinoamérica. El viejo golpismo y el militarismo conservador fueron derrotados. Cualquier salida en falso en esa dirección es tomada como una regresión política.

En Honduras se marca la pauta de una vía que se repetirá en Paraguay años después, con el gobierno de Fernando Lugo, que intentó superar el esquema tradicional de la división política nacional en “colorados” y “liberales”. La crisis de representación política se extiende por América Latina. Se forman agrupaciones nuevas, se dan rupturas y reacomodos, se generan liderazgos emergentes. El exobispo Lugo gana las elecciones presidenciales en 2008 y sería removido del cargo con un juicio político en 2012 (López, 2018, pp. 58-60).

Lo que motiva que Lugo se mueva hacia la izquierda y se acerque al bloque regional izquierdista, que se amplía significativamente, hasta volverse hegemónico en el cono sur y parte de Centroamérica. Lugo es depuesto por un golpe parlamentario que aduce mal manejo del gobierno y pérdida de confianza en el contexto de disputas por la tierra (López, 2018, pp. 208-210). Tras su remoción de la presidencia, acepta la destitución y la izquierda brilla por su ausencia desde entonces, con una derrota nacional difícil de revertir.

En Brasil, se vive la experiencia más dolorosa para la izquierda sudamericana, con la destitución de Dilma Rousseff, sucesora de los gobiernos de Lula y del Partido de los Trabajadores, así como la detención del ex líder metalúrgico y presidente de la república en dos ocasiones. Lula y el PT, aparecían hasta entonces como la expresión más fuerte de una izquierda democrática, emparentada con el castrismo y el chavismo, aunque manteniendo una distancia marcada por los niveles de institucionalidad existente y los márgenes en los que se mueve la izquierda. Lula da Silva logra completar dos períodos de gobierno consecutivos y le alcanza la movilización política y electoral para entregarle la estafeta a Dilma Rousseff, en una sucesión consecutiva de izquierda. Rousseff se convierte en la primera mujer, ex guerrillera, en tomar el poder en el gigante sudamericano en 2010, en la línea continuista del PT (Von Bülow y Lassance, 2012, pp. 50-51).

En los albores del Mundial de Fútbol en 2014, una movilización social en junio, apartidista y transversal, protesta contra el gobierno por la inflación y el gasto público generado

por el evento deportivo y pide priorizar las áreas de la educación y la salud. También se pretende combatir la corrupción política. La entonces presidenta de Brasil, alcanza a reelegirse a finales de año con un margen muy estrecho de votación (Almagro, 2017, pp. 2-4). Los escándalos de la operación Lava-Jato con los que la policía federal detecta casos de corrupción de la empresa Petrobras que involucra a políticos brasileños, alcanza a Rousseff, quien no podría completar su mandato de gobierno y dejaría el cargo en 2016, mientras Lula es encarcelado en 2018 (Moura y Veronese, 2019, pp. 258-261).

El gobierno de Rousseff, se adentraría en una zona de niebla, de indefiniciones y titubeos, sobre el rumbo a seguir y se perdería base social (Bringel y Domínguez, 2018, pp. 52-67). La caída del gobierno de Rousseff llevaría a la larga al ascenso y avance consiguiente de una ultraderecha dura que termina por desalojar a los petistas del poder. Jair Bolsonaro concreta una de las caras más expresivas de una política ultraconservadora que se reagrupa ante los avances de la izquierda regional, la que perciben como una amenaza creciente, ubicada en la conexión establecida con Cuba y Venezuela.

La llegada al poder en Brasil de Bolsonaro con las elecciones de 2018, es posterior al ascenso a la presidencia de Donald Trump en Estados Unidos, que marcaría toda una era en la oleada ultraderechista en América y Occidente. Bolsonaro estrena las respuestas de una derecha dura, que pretende frenar lo que se avizora como un regreso de regímenes socialistas y comunistas a la vieja usanza, emparentada con respuestas neopopulistas de izquierda. Es una restauración militarista y jerárquica, en una sociedad que se siente al borde del caos y todas las instituciones quedan en cuestionamiento (Goldstein, 2019, pp. 31-32). La retroalimentación de los extremos ideológicos ha entrado en operación. Lula regresaría finalmente al poder en Brasil, en 2023, en una muestra del zigzagüeo de la política regional latinoamericana y de la preservación de la democracia en Brasil.

La crisis política de Bolivia expresa los puntos de tensión mayor en la región. El dirigente indígena cocalero Evo Morales asciende a la Presidencia de la república en el contexto de la ampliación del juego democrático en la zona, que permitiría que un líder obrero como Lula y una mujer como Michelle Bachelet en Chile, ocuparan la titularidad del poder ejecutivo, acabando así con las limitaciones de los regímenes oligárquicos. Evo Morales gana la presidencia de la república en diciembre de 2005, en el marco de una crisis política agravada por las protestas y movilizaciones por el agua y los hidrocarburos (Gutiérrez, 2009, pp. 340-341). Morales es parte del bloque regional liderado por la dictadura cubana, el régimen venezolano y la izquierda democrática de Lula.

La izquierda ha desarrollado una obsesión particular por la reelección presidencial. Ávidos de poder, al materializar un liderazgo importante se prenden de la figura personalizada del jefe político. Los viejos regímenes monárquicos y aristocráticos europeos,

durante siglos, alimentaron la alta concentración del poder, hasta que las revoluciones políticas y sociales aniquilaron la figura y el cuerpo del soberano. El poder queda secularizado y se mueve en cualquier dirección.

La izquierda que tiende a moverse en los márgenes de la democracia, ha desarrollado un apego significativo a la figura de los líderes máximos que reconcentran el poder y ejercen el mando en el nombre de un pueblo unificado. América apenas conoce de monarquías y aristocracias, predomina la república y en Latinoamérica la democracia es débil. La atracción por el mando fuerte y autoritario es común en la región. En los regímenes del socialismo real, los líderes del partido, de las revoluciones victoriosas, quedan como las figuras indiscutibles de la autoridad, con lo que resolvían la cuestión del mando. La tradición liberal, occidental y republicana, que se concreta en las democracias liberales y representativas, busca el contrapeso del poder y se promueve más el gobierno de las leyes que el de las personas. La singularidad excepcional del poder político, es recurrente en la configuración del neopopulismo autoritario en América Latina.

Evo Morales se reelige en dos ocasiones e intenta seguir en el poder, por lo que se realiza un referéndum para determinar la posibilidad de que fuera candidato para un cuarto mandato. Morales pierde el referéndum en 2016 y desconoce el resultado del mismo (Orellana, 2020, pp. 88-89). Recurre a la instancia judicial y el Tribunal Constitucional Plurinacional lo habilita para participar en las elecciones presidenciales de 2019. Las últimas elecciones de Evo Morales serán controvertidas. Se lleva el litigio a instancias internacionales y se desencadenan protestas poselectorales, que rechazan la victoria pretendida del presidente candidato. La OEA interviene externamente negando la validez de las elecciones y la disputa interna se intensifica. La presión social contra el último intento de reelección de Morales provoca una fractura institucional, que obliga a las fuerzas del orden a tomar una determinación. Un sector de la policía se opone al gobierno y los militares le sugieren a Morales renunciar, quedando desprotegido y ante las protestas energéticas deja la presidencia y sale del país.

En el vacío jurídico, Jeanine Añez, una legisladora de oposición, es designada presidenta interina, por el ejército y sin el aval del Parlamento con mayoría del MAS (Movimiento al Socialismo), la agrupación de Evo Morales (Stefanoni, 2019, pp. 6-11). En una versión de los hechos se trata de un golpe de Estado, al estilo de lo realizado en otras naciones del subcontinente, mientras otras interpretaciones más favorables al golpe, hablan de una situación de ausencia de poder que tenía que ser ocupado inmediatamente. Añez es declarada presidenta sin cubrir las formas legales y los procedimientos establecidos. Se toma una vía con similitudes a lo sucedido en otros golpes a gobiernos de izquierda. La ultraderecha boliviana, con las Biblia y los crucifijos en la mano se

apoderan del gobierno. Sin espacios para el centrismo o los acuerdos con la contraparte. Se impone una salida de fuerza que intenta aplastar al adversario depuesto. La oscilación hacia el otro extremo es contundente y los ultraconservadores atacan los intereses del evismo y del gobierno caído en desgracia.

Se hacen acusaciones fuertes contra Evo Morales, al que se le señala de proteger al narcotráfico, con una narrativa similar al utilizado contra otras naciones bajo el manto del chavismo, como Venezuela misma. Añez trata de normalizar las relaciones políticas, sin durar mucho en el poder de legitimidad dudosa, y en concordancia con el Congreso, se convocan elecciones extraordinarias. Los evistas regresan al poder y la designada presidenta interina sería detenida tiempo después bajo el cargo de usurpación de funciones, en una referencia clara al “golpe suave” realizado hacia el gobierno de turno.

Al igual que en Brasil, la respuesta al avance de las izquierdas regionales había reagrupado una derecha dura que aglutina a todos los que se oponen a los gobiernos izquierdistas. Es la era de Donald Trump el ascenso de la ultraderecha y la búsqueda de los extremos políticos. Trump ganaría las elecciones presidenciales de noviembre de 2016, con un tono antipolítico, antiestablishment y alejado de lo políticamente correcto (Valles, 2017, pp. 19-21). La ultraderecha encabezada por Donald Trump, sienta sus reales en América Latina, con Jair Bolsonaro en Brasil y el derrocamiento de Evo Morales en Bolivia y más recientemente se expande con los gobiernos de Nayib Bukele en El Salvador (desde 2019) y Javier Milei en Argentina en 2023.

Izquierdas y derechas. Ideología y extremismos políticos

En un par de ocasiones en la historia reciente se ha hablado sobre el final de las ideologías. En los inicios de los sesenta, autores estadounidenses como Daniel Bell afirmaban que la era de las ideologías había quedado atrás y los régimen demócratas liberales se estabilizaban en el mundo. La ideología no resolvía la tensión entre la aceptación del capitalismo y la transformación posible (Bell, 1964, pp. 383-388). Como se sabe, la década de los sesenta sería de una particular efervescencia ideológica. La historia desmintió la predicción teórica.

Al caerse el Muro de Berlín y desaparecer la Unión Soviética, la globalización se intensifica y parecería imponerse un orden mundial unipolar. El comunismo había salido derrotado de la Guerra Fría, lo ideológico y lo político pasarían a otro plano cuando lo importante era la economía en expansión y hacer negocios en los mercados abiertos. La quiebra de la globalización a finales del siglo pasado y el llamado socialismo del siglo XXI, nuevamente daría un desmentido al pretendido final de las ideologías. El desmentido no es tan contundente como antes, pero se da.

América Latina estaría en el centro de esos escenarios nuevos, con el ascenso al poder de un bloque de naciones emparentadas con Cuba y Venezuela. En apariencia, lo ideológico retorna y las delimitaciones políticas y electorales estarían marcadas por tal definición. Se tendería a optar por seguir la nueva ruta del desarrollismo nacionalista, del neopopulismo autoritario y más específicamente la vía del socialismo del nuevo siglo, o se les frenaría con una confluencia igualmente amplia, de los neoliberales, conservadores y ultraderechistas, con un peso específico del extremismo buscando alejarse del centro.

La fuerza de las ideologías no moviliza como antes y los liderazgos internacionales, en términos de la geopolítica mundial, no se caracterizan precisamente por su coherencia. El llamado BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), capitaneado por China y Rusia, al que se acogería Brasil con Lula, y que aparece como un bloque contrahegemónico que quiebra la unipolaridad de la globalización, se trata de un grupo diverso, que no se caracteriza por su precisión ideológica y política. La definición misma de naciones como China y Rusia, obliga a retirar las anteojetas de lo ideológico y obliga a tomar más en serio consideraciones geopolíticas globales. Brasil mismo estuvo gobernado por la izquierda, luego lo encabeza una administración ultraconservadora y se da el regreso de Lula.

En sustancia, los objetivos del BRICS eran más geopolíticos, pues se trataba de enfrentarse al globalismo pro occidental de los Estados Unidos y la Europa integrada y regionalizada. Las ideologías no tienen el efecto aglutinante y movilizante de otro momento y como quiera Latinoamérica se marca y define en bloques internos a partir de disputas antagónicas que se alejan del centro.

Lo ideológico está en otro plano, cubre el manto general de la confrontación, configura la parte dura de la disputa y los electorados más pragmáticos y realistas definen y determinan resultados por prioridades y situaciones particulares. El ascenso de fuerzas de izquierda es indudable en las primeras dos décadas del siglo actual. La izquierda gana las elecciones en Venezuela, Argentina, Brasil, Uruguay, Paraguay, Ecuador, Nicaragua, Honduras, El Salvador y Bolivia.

En el caso de Colombia, se mantiene al margen del ascenso de las izquierdas en esta primera etapa y junto con Perú y Chile, ofrecen otras vías, más moderadas y proclives a la democracia representativa, a la libertad económica y se mantienen con cercanía a los Estados Unidos; Guatemala, Costa Rica y Panamá, se mantienen aparte del ascenso de las izquierdas regionales; en México sucede algo similar; Perú y Chile llegan a presentar puntos de convergencia con la mayoría de naciones latinoamericanas, que tienden a una perspectiva antiimperialista y distante de los Estados Unidos; la crisis política e institucional en Honduras, Paraguay y Bolivia y las derrotas electorales en Brasil, Argentina, Ecuador, El Salvador y Uruguay, gobernados todos en su momento por la izquierda,

modificaría por un tiempo el mapa político ideológico regional. La izquierda deja de ser ideológicamente hegemónica y la derecha no alcanza a recuperar la fuerza perdida. Los poderes hegemónicos internacionales tienden a confrontarse en la región y las fuerzas nacionales, económicas, políticas e ideológicas, se involucran en una disputa intensa, con marcada polarización que se amalgama con electorados ciudadanizados y pragmáticos.

Las ideologías se han desdibujado y es común encontrar opciones de izquierda que recurren a posiciones de la derecha y viceversa y los conservadores adoptando métodos populistas y respuestas sociales para evitar las victorias y la consolidación de los neopopulistas e izquierdistas. Las políticas sistémicas y estatales tienden a imponerse y prevalecer más allá de las definiciones ideológicas. Una porción creciente del electorado se aleja de las ideologías duras y encuentra en el pragmatismo y el realismo, en la administración de los intereses personales y colectivos una salida viable al vacío ideológico que sobreviene en la globalización. Todos resultan iguales –se dice comúnmente– pero en ocasiones se tiene que definir el rumbo de una nación y de la región.

La polaridad ideológica, establecida por los extremos y el radicalismo, llega a marcar la pauta a pesar del debilitamiento de las ideologías, por el peso específico de los grupos más ideologizados y fanatizados, y por la estrategia de la polarización, como método de acceso al poder y de preservación del mismo.

Las definiciones se realizan a partir de bloques de poder, de coaliciones de fuerzas mundiales y nacionales. Viejas y nuevas izquierdas, derechas y ultraconservadores se agrupan y aglutan para marcar el tono en los bloques polarizados que se enfrentan en la política latinoamericana. La izquierda logra salir del marasmo y evita la referencia directa a la revolución y la lucha armada, aunque al asumir el poder se acerca a lo que se hizo en otro momento en las revoluciones sociales. Cuba, Nicaragua y Venezuela serían referentes controvertidos. Lo cual alerta a las derechas, neoconservadores y ultraderechistas, para responder ante los avances de la izquierda regional. La izquierda rebasa límites de las democracias constitucionales y la derecha responde en términos similares, con recaídas en salidas autoritarias y fundamentalistas. Ya no se utiliza el golpe militar directamente, oligárquico y violento, sino el desgaste del adversario de izquierda, la recuperación del poder por el acotamiento y el asedio institucional. Nadie parece renunciar a la democracia, pero el juego es duro y belicoso, con momentos de ruptura y quiebre.

Las fuerzas conservadoras y de ultraderecha que se reponen tras el avance de las izquierdas, tienen características similares a estas últimas en cuanto se mueven en los límites del juego democrático. En el marco internacional de avance de la extrema derecha en Europa y Estados Unidos, el neoconservadurismo, aliado a los neoliberales y ultraderechistas por igual, convergen en la contención de la izquierda regional.

En las metrópolis, se aglutan ante la amenaza de la migración y el multiculturalismo, en las naciones periféricas se agrupan con temas de violencia, narcotráfico y seguridad pública, además de las definiciones clásicas del tradicionalismo conservador. Se recae en el racismo, el clasismo y la xenofobia, se regresa al fundamentalismo religioso, étnico y nacionalista, se amenaza la democracia con viejos asedios autoritarios y militaristas. Esta ultraderecha reciente, ubicada más a la derecha del conservadurismo convencional se mostraría como transgresora y antisistémica, restándole credibilidad al progresismo. Es una confluencia compleja, llena de tensiones y contradicciones internas (Stefanoni, 2022, pp. 15-17).

Las últimas elecciones regionales reflejan la polarización en América Latina. Ya no hay salidas únicas y definitivas. En tanto opere el juego democrático y la alternancia electoral, las oscilaciones pendulares podrían ser la constante. Al agotarse el ciclo progresista, el neoliberalismo y los neoconservadores retornan, armando un modelo que lesiona y lastima a sectores mayoritarios que regresan a su vez con posiciones renovadas.

En Cuba, está descartada cualquier posibilidad de alternancia democrática. Ahí ni siquiera se permite la discusión sobre la viabilidad del régimen político, se da por sentado que la revolución brindó una opción política para siempre. En Nicaragua se descarta ya abiertamente la oposición y se les persigue. En Venezuela el estancamiento es notorio y no se visualiza una solución viable a la partición nacional. Es un juego de fuerzas, de desgaste y resistencia, alejado cada vez más de las instancias democráticas. En otras naciones latinoamericanas, con márgenes más importantes de institucionalización y con democracias que pasan la prueba de fuego, las alternancias se suceden con todo y el juego rudo, permitiendo la rotación del poder.

En Brasil, Lula sale libre y vuelve a la presidencia. En Bolivia, el evismo recuperó el poder ejecutivo en 2020 y la expresidenta interina, acusada de usurpación de funciones ha sido encarcelada. El grupo de Evo Morales en el poder se ha dividido posteriormente. En Argentina, el peronismo de izquierda regresó al poder con Alberto Fernández y Cristina Fernández en 2019-2023. Ante la crisis económica que padece Argentina, el ultra-conservador Javier Milei accede a la presidencia en 2023 en un contraste mayúsculo con el peronismo de izquierda que le antecede.

En México se ha completado el ciclo del avance de la izquierda regional con la victoria del neopopulismo autoritario de Andrés Manuel López Obrador y el Movimiento de Regeneración Nacional (Morena) en el 2018, ambos emanados de un desprendimiento del viejo PRI (Partido Revolucionario Institucional) y de la última fuerza de izquierda partidista y electoral importante en el país, el Partido de la Revolución Democrática (PRD). En Perú y Chile, los candidatos de izquierda Pedro Castillo y Gabriel Boric ganaron las elecciones

presidenciales en 2021, enfrentados a los contendientes del lado derechista y conservador, ligados con el fujimorismo y el pinochetismo. Los electorados optaron por darle la victoria a los bloques de izquierda, ante lo que se consideraría una amenaza mayor.

En Perú no dura mucho la tal victoria, pues Pedro Castillo apenas puede gobernar hasta el 2022, cuando es destituido y encarcelado bajo la acusación de intentar dar un golpe de Estado para sostenerse en el poder. Hasta en Colombia, más ligada a los Estados Unidos y desgarrada por la violencia política y criminal y los movimientos armados, ha optado por la candidatura de izquierda de Gustavo Petro, ex guerrillero, en las elecciones de 2022. Se podría suponer que un bloque de izquierda se pudiera afianzar durante un tiempo. La izquierda ni siquiera es homogénea en su composición política. Ante la invasión de Rusia a Ucrania, hay gobiernos izquierdistas en la región como el de Argentina, México y Chile que condenaron la agresión en 2022.

Es paradójico que mientras la izquierda completa el ciclo de acceso al poder en toda la región, ya se cuestiona lo que hace y se da un reagrupamiento de fuerzas de centro, derecha y ultraconservadores para contenerla y revertir su presencia en el subcontinente. En Brasil, destituyeron a Rousseff, encarcelaron a Lula y llegaron al poder con Jair Bolsonaro. Lula vuelve, pero debe gobernar ante una oposición fortalecida. Igual sucede en Bolivia con la caída de Evo Morales, el regreso de su movimiento político al poder y la división posterior. En Argentina, el ultraderechista Javier Milei, desaloja al peronismo de izquierda y se enfrenta de entrada a protestas sociales contra su gestión. En Perú, Pedro Castillo es derrocado y un bloque hegemónico se establece en el país y contiene a las fuerzas de izquierda. En El Salvador, el presidente Nayib Bukele desde 2019, declara una batalla contra las bandas criminales, lo que le daría un alto grado de aceptación popular y se reelegiría contra la norma constitucional en las elecciones del 2024. Una vía cool hacia la demolición de la democracia y el Estado de derecho, con el consenso poblacional por el combate al crimen organizado.

En Ecuador, el asesinato del candidato opositor Fernando Villavicencio en las elecciones presidenciales del 2023, tensa la situación política. La crisis política había provocado la salida del gobierno de Guillermo Lasso y la convocatoria anticipada a elecciones presidenciales. Las fuerzas de izquierda aglutinadas bajo el liderazgo del expresidente Rafael Correa no logran recuperar el poder y gana Daniel Noboa, quien al igual que Bukele en El Salvador decreta un combate frontal al crimen organizado. El tema de la seguridad pública cobra relevancia en la definición de la política gubernamental latinoamericana. En Guatemala, finalmente la fuerza política emergente de “Movimiento Semilla” de corte socialdemócrata y progresista con Bernardo Arévalo, asume la presidencia en 2024, con múltiples dificultades, ante un proceso electoral judicializado y controvertido, que mete en crisis a la democracia en el país.

En Latinoamérica, todo puede suceder y depende de que tendencias predominen en los gobiernos y en las oposiciones. El juego rudo está ahí y la democracia sobrevive. En tanto no se caiga en la vía autoritaria que niega al adversario ideológico y político, y se eviten los golpes militares suaves o duros, es de esperar que la mayoría de las naciones latinoamericanas, se mantengan en la preservación de la democracia, como vía para dirimir conflictos. La democracia se ha puesto a prueba y sobrevive. Alejarse de la misma, le resta legitimidad a cualquiera de los contendientes ante la comunidad internacional y ante los connacionales. Alejarse de la misma es caer en cualquier modalidad de régimen autoritario y totalitario.

Conclusiones

Los retos para la democracia en América Latina resultan mayúsculos. Los niveles de exigencia del antagonismo ideológico y la polarización política, no presagian un futuro prometedor. Las democracias legales se diseñaron para administrar y manejar un nivel de conflicto tolerable, mientras el trasfondo común era suficientemente firme para obtener el consenso de las fuerzas políticas y sociales. Ahora no es el caso. La democracia es un territorio en disputa, en condiciones de una política bélica y antagónica que llega a pretender la aniquilación del adversario. El paso siguiente sería el establecimiento y la propagación de regímenes y sistemas autoritarios y totalitarios, que se apoyan en el sometimiento y en la coacción violenta. El recrudecimiento de la violencia política sería mayor, poniendo en riesgo la convivencia misma en la zona. La democracia es la negación de tal estado de cosas, es el reconocimiento de que la disputa es abierta y la dirección política puede variar.

Las naciones democráticas más institucionalizadas podrían resistir los niveles del conflicto político, sirviendo como referente central para los países que se alejan de tales planos de preservación de los espacios democráticos, de división y dispersión del poder, de fortalecimiento de la sociedad civil y las organizaciones sociales, que reconocen la diversidad y la pluralidad de un mundo dinámico y que respetan las libertades. Si el juego rudo de la democracia latinoamericana deriva a la solidificación de regímenes autoritarios, velados o visibles, se estaría consumando un retroceso autoritario que podría quebrar los referentes políticos que siguen definiendo los regímenes democráticos, como los más deseables, con todas las fallas que les resultan características, como entidades humanas, susceptibles de mejoramiento.

Referencias

- [1] Almagro-Castro, D. (2017). Tragedia y farsa en Brasil. Los procesos de “impeachment” a Dilma Rousseff y Michel Temer. *Cuadernos Manuel Giménez Abad*, 14, 1-12. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/6224570.pdf>
- [2] Beasley-Murray, J. (2010). Poshegemonía. Teoría política y América Latina. Paidós.
- [3] Bell, D. (1964). *El fin de las ideologías*. Tecnos.
- [4] Bringel, B. M. y Domínguez J. M. (2018). Brasil. *Cambio de era: crisis, protestas y ciclos políticos*. Los libros de la catarata/Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación.
- [5] Calderón, F. y Castells M. (2019). *La nueva América Latina*. Fondo de Cultura Económica.
- [6] Croiset, A. (1911). *Las democracias antiguas*. Librería Gutenberg de José Ruiz.
- [7] Dahl, R. A. (1992). *La democracia y sus críticos*. Paidós.
- [8] Galaviz-Miranda, C. A. (2018). Protestas en Nicaragua (2018-2019). *Cuadernos fronterizos*, 47, 1-3. <https://doi.org/10.20983/cuadfront.2019.47.6>
- [9] Goldstein, A. (2019). Bolsonaro. *La democracia de Brasil en peligro*. Marea.
- [10] Gutiérrez-Aguilar, R. (2009). Los ritmos del Pachakuti. *levantamiento y movilización en Bolivia*. Sisifo/ Bajo tierra/ Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélez Pliego” Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- [11] Held, D. (2001). *Modelos de democracia*. Alianza.
- [12] Lefort, C. (1990). *La invención democrática. Nueva Visión*.
- [13] López, M. (2018). *Transición y democracia en Paraguay (1989-2017): “El cambio no es una cuestión electoral”*. Editorial Sb.
- [14] López-Mayo, M. (2016). *El ocaso del chavismo. Venezuela 2005-2015*. Alfa.
- [15] Moura de Oliveira, G. y Veronese M. V. (2019). Brasil y el “fenómeno Bolsonaro”: un análisis preliminar. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 237, 245-268. <http://dx.doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2019.237.68273>.
- [16] Müller, J. (2017). *¿Qué es el populismo?* Grano de sal.
- [17] Orellana-Aillon, L. (2020). *La caída de Evo Morales, la reacción mestiza y el ascenso de la gente bien al poder*. Universidad Mayor de San Simón/ Dirección de Interacción Científica y Tecnológica/ Agencia Sueca para el Desarrollo Internacional/ Instituto de Estudios Sociales y Económicos.
- [18] Rouquié, A. (1984). *El Estado militar en América Latina*. Siglo XXI.
- [19] Saint-Upéry, M. (2008). *El sueño de Bolívar. El desafío de las izquierdas sudamericanas*. Paidos.
- [20] Sartori, G. (1988). *Teoría de la democracia. 1. El debate contemporáneo*. Alianza.
- [21] Stefanoni, P. (2019). Bolivia después de Evo. *Análisis Carolina*, 29. https://doi.org/10.33960/AC_29.2019.

- [22] Stefanoni, P. (2022). *La rebeldía se volvió de derecha. Como el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda debería tomarlos en serio)*. Siglo XXI.
- [23] Sutherland, M. (2019). Venezuela: ¿por qué volvió a fracasar la oposición? *Nueva Sociedad*, 282, 4-14.
- [24] Tirado-Sánchez, A. (2020). Venezuela. Más allá de mentiras y mitos. Akal.
- [25] Touraine, A. (1987). *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*. Organización Internacional del Trabajo (OIT)/PREALC.
- [26] Trujillo-Bolio, M. (1990). Nicaragua: elecciones y las perspectivas de un gobierno neosocialdemócrata. *Iztapalapa*, 20, 171-187.
- [27] Valladares, M. (2015). *Honduras 2009: Consulta Popular y Golpe de Estado*. Académica Española.
- [28] Valles, V. (2017). *Trump y la caída del imperio Clinton*. La Esfera de los Libros.
- [29] Von-Bülow, M. y Lassance A. (2012). Brasil después de Lula: más de lo mismo. *Revista de Ciencia Política* (Santiago), 32 (1), 49-54. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-090X2012000100003>